



# Lecciones de literatura

Autor:

Giordano, ALberto

Revista:

Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 31-35



Artículo



## LECCIONES DE LITERATURA\*

por Alberto Giordano  
U.N.R. - CONICET

Nos preguntábamos, hace algunas semanas, durante el desarrollo de una clase de crítica literaria, sobre las posibilidades de enseñar literatura. Nos lo preguntábamos, promediando la exposición de la lectura de un texto, con una mezcla de inquietud y desasosiego, casi con la certeza de que la respuesta terminaría siendo negativa. Que estuviésemos reunidos allí, trabajando eficazmente sobre un *corpus* establecido, a partir de una serie de consignas precisas, parecía invalidar de hecho la necesidad de la pregunta: nosotros mismos, en ese momento, podíamos ser tomados como la prueba viviente e irrefutable de la enseñabilidad de la literatura. Y sin embargo la pregunta se había vuelto necesaria *precisamente* porque estábamos allí, sosteniendo una tentativa de comunicar pedagógicamente, en términos teóricos, nuestras experiencias de lectores. El presentimiento de algo irreductible a la enseñanza, en el texto o en su lectura (en ese punto, ¿cómo distinguirlos?), apareció cuando el rigor de las argumentaciones pedagógicas había alcanzado su máxima potencia explicativa. Sólo entonces, en esas condiciones intransferibles, se nos hizo presente la existencia de un límite, cuando bajo la presión del deseo de comunicar conceptualmente la singularidad de nuestro encuentro con ese texto intentamos franquearlo. Como la teoría (la literaria, al menos) es un arte de formular problemas y no una preceptiva para darlos por resueltos incluso antes de que se hayan planteado, salimos del *impasse* en el que nos había precipitado nuestro ejercicio doble de lectura y enseñanza gracias a la enunciación de un (para nosotros) nuevo principio teórico: si la literatura es, en el límite, imposible de enseñar (porque su experiencia resiste la comprensión en términos generales y directamente comunicables), de esta imposibilidad sólo tenemos pruebas cuando una tentativa

---

\* Enrique Pezzoni, lector de Borges. *Lecciones de literatura 1984-1988*, edición al cuidado de Annick Louis, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

---

de enseñar qué ocurre en la lectura de un texto literario es llevada al límite de sus posibilidades. Fuera de esta experiencia cada vez única e irrepetible de los límites entre el texto y las retóricas pedagógicas, la enseñabilidad de la literatura está tan fuera de discusión como la de cualquier otra cosa. La imposibilidad de la enseñanza de la literatura no se enseña, se transmite, y para eso hace falta un estilo de exposición que domine sobre el discurso pedagógico, que lo tensione hasta el punto de hacerlo señalar lo que no tiene medios para decir.

Recordé esta escena de aprendizaje literario cuando leí, hace algunos días, la edición de las clases de Enrique Pezzoni sobre la literatura de Borges. El libro reúne tres conjuntos de clases, dos correspondientes a 1984, el otro a 1988, agrupadas por la editora según un criterio temático. Cada conjunto está centrado en el análisis de un relato borgiano a partir de un tópico teórico expuesto previamente. En esas clases dirigidas a estudiantes todavía no iniciados en los rudimentos del análisis literario, Pezzoni enseñaba teoría y para hacerlo ponía las propuestas teóricas en contacto con la obra de uno de sus escritores preferidos, a fin de que éstas probasen su poder de explicación. Como suele ocurrir cuando un lector apasionado somete sus preferencias a los dispositivos metodológicos del saber codificado, en las clases de Pezzoni -tal como hoy nos llegan transcritas- asistimos tanto a la explicación de la literatura por la teoría, como al cuestionamiento, y a veces la disolución, de los presupuestos teóricos por obra de lo que acontece en la literatura. Para señalar a sus estudiantes la presencia, en los textos de Borges, de los acontecimientos que subvierten el horizonte de expectativas teóricas, el profesor Pezzoni contaba con un recurso más potente que cualquier retórica de enseñanza: con un estilo de exposición fundado en su sensibilidad de *homme de lettres*. En estas clases que hoy podemos leer gracias al trabajo de edición de una de sus discípulas, mientras enseña algo sobre teoría literaria y mucho sobre la literatura de Borges, Pezzoni transmite su modo, sutil y elegante, de entrar a la literatura desde la teoría para ir desprendiéndose progresivamente de las certezas hasta encontrar, en el corazón de los textos, el misterio de una revelación inminente, que acaso nunca se produzca pero que ya transformó, por su sola inminencia, el punto de vista del lector.

En las clases reunidas bajo el título “El tercer duelo”, clases dictadas durante junio y julio de 1984, Pezzoni expone una lectura de “Emma Zunz” que se sostiene en la referencia a algunos conceptos básicos de la teoría literaria tomados, por lo general, del formalismo ruso y las poéticas estructuralistas, los paradigmas más serviciales a la hora de las prácticas metodológicas. Pezzoni va, en el comienzo, desde la inevitable escolaridad de algunas distinciones formales (autor/narrador,

lector/narratorio), al modo en que el relato de Borges las escenifica a partir de los deslizamientos de su instancia narrativa. Durante el resto de la clase, el recorrido será siempre el mismo: de lo simple (los conceptos teóricos) a lo complejo (su aplicación textual) para hacer aparecer lo ambiguo (la presencia de una inestabilidad esencial en la urdimbre del relato que neutraliza la oposición de lo complejo y lo simple). El tópico de la regulación del vínculo texto/extra-texto a través de los códigos culturales, lleva a Pezzoni a examinar la adscripción de “Emma Zunz” al género policial. La teoría queda expuesta otra vez como un instrumento eficaz para aproximarse a algo que, *en el límite*<sup>1</sup>, se le escapa. El relato de Borges juega a la identificación y el desvío simultáneos respecto de las leyes del policial, parece estructurarse por completo alrededor de un enigma pero produce su efecto ficcional más intenso después de que el enigma fue resuelto, cuando la intriga policial quedó cerrada. Pezzoni nos muestra cómo, a partir de una intervención irónica del narrador que excede las previsiones de cualquier modelo, la trama policial de “Emma Zunz” se abre inciertamente y cómo esa apertura, en la que se nos deja sentir la irrealidad del tiempo y el espacio, comunica este relato con las búsquedas esenciales del conjunto de la literatura borgiana. El diálogo con la teoría quedó definitivamente desplazado por un diálogo de la literatura consigo misma, pero fue la propia teoría la que nos condujo hasta su necesaria desaparición. Esto es lo que transmite -sin enunciar- el estilo expositivo de Pezzoni, un estilo hecho de anticipaciones y suspensiones, de orientaciones firmes y repentinos desvíos, el estilo en el que la literatura, a través de la experiencia de un lector, interpela los discursos que pretenden explicarla.

En las clases de Pezzoni los conceptos teóricos soportan, hasta donde pueden, la escenificación del funcionamiento de la literatura. Pezzoni usa la teoría para enseñar cómo están contruidos los textos de Borges y, cuando la teoría se revela insuficiente, a partir de su insuficiencia, para mostrar cómo actúan los juegos borgianos sobre cualquier forma de pensamiento convencional. “Emma Zunz” o “El inmortal” (al que están dedicadas las clases del tercer grupo, de noviembre del '84) son textos “juguetones”, que promueven determinadas interpretaciones para volverlas luego, durante el desarrollo de una trama rigurosa pero minada de puntuales contingencias, imposibles o irrelevantes. Se dejan identificar con las reglas de un verosímil o las convenciones de un género y, al mismo tiempo, afirman la presencia evanescente de algo desconocido que suspende las comodidades del reconocimiento. Pezzoni experimenta, y hace que sus estudiantes de teoría literaria experimenten, el perturbador efecto de *desasosiego* de las ficciones borgianas, que “tranquilizan e inquietan simultáneamente al receptor”. Tal vez si el profesor pudiese contentarse con ser un *homme de lettres* que cuenta a otros sus aventuras

---

textuales (algo así como un ensayista oral), Pezzoni hubiese cerrado la exposición de su lectura de Borges con la constatación del carácter juguetón y desasosegante de sus ficciones. Pero un profesor siempre se exige algo más consistente, con más peso moral, que el recuerdo de sus experiencias: la posibilidad de atribuirles un valor que las justifique institucionalmente.

Por una acertada decisión de la editora, el libro se abre con un grupo de clases dictadas entre mayo y junio de 1988, cuatro años después de las clases sobre "El inmortal" y "Emma Zunz". "El sujeto Borges o la exhibición desafortunada" es no sólo el grupo más extenso de la compilación, sino también el que incluye las clases con mayores pretensiones de sistematicidad y totalización. Aunque también en este caso las exposiciones están referidas centralmente a un relato, "Tema del traidor y del héroe", Pezzoni practica una estrategia de constantes entradas y salidas del texto que le permite profundizar la interpretación de este relato y, simultáneamente, transformarlo en una suerte de perspectiva privilegiada para apreciar el conjunto de la obra de Borges. El punto de partida -destinado a ser desbordado e incluso olvidado por la exposición- es esta vez la teoría formalista sobre el procedimiento y sobre el valor de su "puesta en evidencia". Pezzoni recorre una serie de textos -construye la serie- siguiendo las alternativas de los juegos borgeanos con el procedimiento, juegos múltiples en los que se instaura un *sujeto* que funciona como causa inmanente del orden textual, como "*sostén contingente de sí mismo*". A este sujeto que insiste, como un factor de secreta inestabilidad, en la estructuración formal de los poemas, los relatos y los ensayos, Pezzoni lo reconoce (lo adivina, lo inventa) por sus efectos de cuestionamiento y de subversión sutil. El "*sujeto textual* llamado Borges" es un sujeto ambiguo, tensionado entre el rechazo y la nostalgia de un orden fundado en una causa primera y simple, un sujeto que "tiene un lado *montonero* a pesar de su conducta conservadora", que construye rigurosamente para cortejar la disolución. Las clases de Pezzoni escenifican su diálogo crítico con este sujeto que subvierte las convenciones y las normas de la institución literaria, que cuestiona los paradigmas epistemológicos, que se cuestiona incluso a sí mismo, a veces hasta la autoparodia. Quizá porque tiene demasiado presentes los juicios adversos de algunos críticos de izquierda sobre el sujeto empírico Borges y sabe que esos juicios pueden proyectarse sobre la obra para descalificarla, Pezzoni vuelve en cada clase sobre los gestos nihilistas y anarquistas de ese sujeto textual que realiza un trabajo de subversión tal vez único dentro de la cultura argentina. La marcha a través de la complejización y la suspensión de los presupuestos teóricos se orienta esta vez por el camino de la recuperación ideológica. Avanzando en esta dirección, Pezzoni encuentra otro valor para los textos borgeanos: además de desasosegantes y subversivos, son *didácticos*, porque "destruyen para

instruir en una forma de actividad y lectura”, porque quieren “enseñar a leer cuestionando las relaciones habituales entre práctica discursiva y realidad”. Cuando la intransitividad y la inquietud de los juegos textuales se estabilizan en la producción de un efecto crítico-didáctico (cuando se consuma la traición a la ética del *homme de lettres*), el profesor descubre ante sus estudiantes, y en este descubrimiento consiste su mejor enseñanza, que las buenas lecciones de literatura son las que dicta, más allá de los conceptos y las metodologías, después de atravesarlos, la literatura misma.

*Posdata.* La traición del profesor al *homme de lettres* no es contingente, sino necesaria. Su ocurrencia señala tanto los límites de la transmisión de la literatura en sus propios términos, conforme a su propia ética, como las condiciones de posibilidad de su enseñanza en un contexto institucional desde una perspectiva que lo excede (esa perspectiva -sin la cual sólo hay comunicación institucional de la literatura, olvido total de su experiencia- se funda sobre los restos de la sensibilidad del *homme de lettres* traicionado, restos que interrogan e inquietan los protocolos institucionales desde su interior). El buen profesor no es aquel que no traiciona su sensibilidad de *homme de lettres* (el profesor se constituye en esa traición), sino aquel que, como Pezzoni en estas clases, encuentra un estilo de exposición en el que los conceptos y los modos argumentativos no niegan, sino que añoran la sensibilidad traicionada.

## NOTAS

- <sup>1</sup> El límite de la resistencia a la teorización es isomorfo respecto del de la enseñabilidad de la literatura.